

La leyenda de una veloz y prolífica madurez

Museo de Arte Reina Sofía

Isabel, 52. Madrid

del 31 de mayo de 2004



los veinticuatro años de la vida del artista guipuzcoano Nicolás de Lekuna (Ordizia, 1913-Francia, 1937), y de especial los cinco últimos -años, o, en que desarrolló toda su actividad-, en buena medida encarnan a la perfección la naturaleza misma de toda muestra artística nacional durante las primeras décadas del siglo pasado, con su siempre cotidiana efervescencia particular, llena de contradicciones, y su brutal acercamiento a la guerra civil.

Inicialmente veloz y prolífico, voraz, a la vez, de realizar los experimentos que por él se llevaban a cabo, especialmente en las fronteras, nómadas en distancia (¿cuántos de entre los maestros si se quedaran tuvieran tiempo de darse por sí mismos, precor, «madurar en arida» antes del precipitado final?), crasa en sus ansias desmesuradas de neopolitismo forjado: la figura y la «Lekuna», como posura misma modal plástica, irascible, se torna al final, por tanto, un tanto al margen de «la» «incómoda» a su autoritarismo.

que no es sólo que, como bien comentó Boris Coenra, Lekuna resuma en no la leyenda del artista y el tema del reitor que, sin apenas salir de la adolescencia, realiza una obra de gran calidad cadastramentosa hoy, sino, además, que algo remanente de una genialidad unit, intransigente, autocrítica, cent en dentro de nuestras fronteras en ese tiempo alimentado por una paupérrima información, a menudo distorsionada, tal de encajarse en un enorme reino a ellos, así tras la creciente interés a que aquí se les someten).

«Ello queda reflejado en esta exposición, la más amplia y variada que se han realizado hasta la fecha en el artista, y la primera que aborda en su totalidad el conjunto de arquetipos inte-



Voraz y prolífico. A la izquierda, en grande, fotomontaje «Sin título» (1930) y autorretrato de 1934. A la derecha, otro fotomontaje, también sin título, de 1927.

res plásticos que le ocuparon. Así, su más reconocible faceta como fotógrafo experimental queda ahora contextualizada por pinturas, dibujos y gran cantidad de objetos personales, desde cámaras de fotos a cuadernos de notas (uno de ellos se puede consultar página a página a través de un monitor de ordenador), que aspiran a dotar al personaje de una entidad más amplia y humana. En total, se presentan 61 fotografías, 24 fotomontajes, 5 fotocalquidos (dibujos realizados directamente por el artista sobre el cliché para su posterior ampliación en papel fotográfico),

18 dibujos, 21 pinturas y 50 de los objetos citados.

Sin embargo, después de recorrer tan sustancioso conjunto, uno acaba coincidiendo con la opinión de su gran admirador, Ramón Gómez de la Serna, quien frente a las incalculables dotes de Lekuna para la fotografía en todas sus dimensiones, le animó a seguir por ese innovador camino, en la España de los treinta casi por completo virgen. Frente al resto de las incursiones y disciplinas, quizás por lo inmediato del lenguaje fotográfico, por la relación única que la imagen-tiempo estable-

ce con su formidabilidad, al final hay que considerar la «violencia» que ejerce la historia: hay sólo un Lekuna. Aquel imbuido en el espíritu del surrealismo, el constructivismo y la Nueva Objetividad, hasta hacer suya una curiosa amalgama de sus posturas divergentes y, en principio, irreconciliables. Lekuna lo ha hecho, sí, de la mano de Buñuel y Dalí, Rodchenko y Moholy-Nagy, Man Ray y Ernst, Hasenauer y Heartfield. No es poco decirlo en cinco cortos años.

Óscar ALONSO MOLINA